

BREVIARIOS DE LA
FUNDACIÓN
“ANTONIO PEREIRA”

10

POESÍA Y VIDA

ANTONIO COLINAS

Colinas, Antonio (1946)

Poesía y vida / Antonio Colinas. – [León : Universidad de León : Fundación Antonio Pereira, 2016]

51 p. ; 16 cm. – (Breviarios de la “Fundación Antonio Pereira” ; 10)

ISBN 978-84-9773-766-1

1. Pereira, Antonio (1923-2009)-Crítica e interpretación. 2. Poesía-Historia y crítica. I. Universidad de León. II. Fundación Antonio Pereira. III. Título

821.134.2 Pereira, Antonio 1.07

82-1.09

ISBN: 978-84-9773-766-1

Depósito Legal: LE-226-2016

Imprenta Kadmos

Salamanca 2016

ÍNDICE

I.....	9
II.....	27

I

No hace muchos días que he terminado mi libro *Memorias del estanque*, que ha supuesto una profunda inmersión en mi psique en este límite decisivo de mis setenta años. Comencé a escribir el libro sin saber hacia dónde me iba a dirigir, pero el resultado ha sido el rescate de aquellos momentos de mi vida que me han hecho *crecer interiormente*.

El planteamiento y desarrollo de esta obra me llevó a una acumulación de vivencias y temas que unos han sido fijados en el texto y otros no. Hay un momento en ese libro en que aparece el retorno a la tierra del origen y lo hago a través precisamente de un endecasílabo del poeta y narrador Antonio Pereira, maestro de los escritores

leoneses actuales, el primero de los cuentistas españoles y al que tuve por amigo por razones muy entrañables: él estuvo unido precisamente a esa etapa decisiva para cualquier vocación que fue el de los inicios de ese *crecimiento interior*.

El verso citado es el siguiente: “Soy de una tierra fría, pero hermosa”. Quizás este sencillísimo verso contenga toda una Poética, sin duda si la circunscribimos a la poesía leonesa y, por extensión, a su narrativa y a su literatura en general. Y nos basaríamos al decir esto en esa alusión dual, extremada, de la hermosura y el frío, que son dos frutos de nuestra tierra, también cruce de caminos y con una carga intrahistórica muy sobresaliente. También histórica, como la que giraba entonces a ese paraje de los territorios de Pereira: Las Médulas. Ese lugar —las mayores minas de oro del Imperio Romano— condicionaron la vida, la artesanía, la joyería, la economía de los leoneses desde tiempos ya anteriores a la romanización. Bien puede hallarse, a mi entender, en estos factores

la clave de la literatura leonesa del siglo XX y de la actual (incluso antes, desde Gil y Carrasco), si tenemos en cuenta esa confluencia de la memoria de la infancia de los autores con una tierra fría, difícil, en la que sin embargo se dieron las primeras *contemplaciones*, esas que son tan esenciales para el poeta. Así lo apreciamos también en la obra de Antonio Pereira, en donde confluyen con frecuencia tiempo y memoria, infancia y vida, tierra y vivencia.

Es también Antonio Pereira el que fija un nombre para ese territorio de nuestras raíces del que brotaron su vida y tantas señales sugestivas de su obra: *Noroeste*. Mucho habría que decir sobre este concepto y su significación antropológica y estética; no sólo para la obra del autor villafranquino sino para quienes hemos aprendido en la atmósfera de sus libros y en su bonhomía. El territorio del noroeste llega para mí a través de esa zona de laderas que terminan en las de Peña Trevinca y del Monte Teleno, nuestra cima tutelar,

en un territorio ya de riberas, pero con un fondo de montañas y un entramado de calzadas y sendas muy antiguas y comunes. Los montes galaico-leoneses funden tres provincias –León, Zamora y Orense– son frontera de culturas, también con Portugal, país igualmente con fecundas resonancias en la obra de Pereira.

Hubo un momento decisivo en 1968, a mis veintidós años, cuando se convocó en León un premio poético con ocasión del XIX centenario de la fundación de la ciudad de León. Me presenté al mismo, con pocas esperanzas, con mis *Poemas de la tierra y la sangre* y, para mi sorpresa, resulté el ganador. Nada sabía de los miembros del jurado, ni que lo presidía Antonio Pereira. Según me contó luego este, entre dicho jurado hubo dudas y preguntas sobre quién podría ser el autor de aquellos poemas, escritos en versos alejandrinos, llenos de resonancias telúricas, tan enraizados en nuestra tierra leonesa.

Abierta la plica, apareció un nombre, el mío, que nadie conocía y el mismo Pereira ha recordado con humor los detalles de aquel momento y de cómo el premio me fue comunicado. Me había llamado él por teléfono a casa de mis padres para comunicarme la noticia, pero yo no me encontraba en ella. Según le dijo mi madre, yo debía de estar “en la Plaza Mayor escuchando el concierto de la Banda Municipal”. No sé si yo aquel día estaba en la Plaza o vagando por las orillas del río, o por el monte con mi bicicleta. Lo que si sé es que luego fui yo el que llamó por teléfono a Pereira y recibí una gran alegría con la noticia que me dio. Recuerdo también que en aquel momento me dijo que el premio se había concedido por unanimidad, “aunque –añadió con esa fina retranca que le caracterizaba– había entre los aspirantes al premio varias personas muy recomendadas”. Era el 15 de junio de 1968. ¡Hace casi cincuenta años!

Esta noticia feliz sería para mí muy importante por varias razones. En primer lugar, porque con

el dinero de aquel premio pude vivir dos meses en París y en Londres en el otoño (que no mayo) de aquel año. Luego, porque me ponía en comunicación directa con Antonio Pereira, con su persona y sus libros; en segundo lugar, porque ese galardón afianzaba mucho mi incipiente vocación literaria. Ya he escrito en otros momentos que un premio literario puede servir para mucho o para nada; pero, en verdad, es un hermoso don cuando se concede a un joven que comienza y máxime, como fue mi caso, cuando este no es nadie en la sociedad literaria. Bien es verdad que, muy pocos meses después, la colección Adonais reconocería un segundo libro mío, *Preludios a una noche total*, pero lo cierto es que el premio que se me había concedido en León había sido el primero y el más estimulante, sobre todo por venir de mi propia tierra.

La convocatoria de dicho premio también había sido con ocasión de una celebración fue muy especial, pues estuvo acompañada de otros fastos en los que para mí, desde luego, fue el más

importante el que se celebró en el Teatro Emperador, durante el que se me entregó el galardón. Recuerdo también, como algo muy especial, que al llegar al vestíbulo del Teatro, me esperaban Antonio Pereira, Victoriano Crémer y Antonio González de Lama. Así que, en aquel momento, la literatura comenzaba a hacerse vida para mí. Me acompañaban aquel día mis padres y mi hermano, María José y su madre y una de mis tías.

Eran los días de las Fiestas de San Juan y también hubo otro acto al que me invitaron y que, para mí, también está hoy cargado de simbolismo por remitirme a Roma, a Italia; ciudad, país y cultura que, sin yo saberlo todavía entonces, tan decisivas iban a ser pronto en mi vida. Me refiero a la inauguración por el Embajador de Italia y por el Ministro de Educación de aquellos días, en la Plaza de San Isidoro, de una gigantesca columna que todavía hoy, cuando paso junto a ella, me remite a aquellos días un poco convulsos para mí, también por alguna otra circunstancia que me turbó.

Aquellos días tuve que dejar la bicicleta y mis extravíos por los caminos del monte y la ribera, para buscar precipitadamente un esmoquin que el acto de la concesión del premio exigía. El problema se solucionó de manera tan rápida como radical con el préstamo que me hizo un primo mío del esmoquin con el que se había casado unos días antes. Hubo que hacer en él aceleradamente los arreglos pertinentes y, así vestido, salí hacia León, para el estudio del gran fotógrafo Garay, que me retrató con aquella veste. El premio también implicaba hacerse aquella foto, en verdad de gran calidad. Mi madre siempre la tuvo en casa en lugar preferente, pero he de confesar que yo no me acababa de ver con tan brillante apariencia. Conservo, sin embargo, con afecto dicha fotografía porque me remite a esa consolidación vocacional que, de golpe, nos arrastra de la soledad y el anonimato del escribir a cierta resonancia social.

Hasta aquel día en el vestíbulo del Teatro Emperador nunca había visto a Antonio Pereira, pero

yo ya conocía su obra. Un día de abril de 1966, Rafael Cabo, el director de *El Adelanto Bañezano*, me llamó para entregarme un libro y decirme que me debía de ocupar de él. Se trataba de un volumen de poemas de Antonio Pereira, *Del monte y los caminos*, editado por El Bardo en Barcelona. Yo había comenzado a escribir a mis 16 años en nuestro semanario local, con ocasión de la muerte en 1962 del poeta Leopoldo Panero, pero aquel artículo sobre el libro de poemas de Pereira iba a ser, a mis 20 años, mi primera y modesta crítica literaria. (Tampoco sabía yo entonces que, entre esos trabajos complementarios del futuro escritor iba a encontrar el de dedicarme durante 50 años a la crítica literaria. El articulismo, la crítica literaria, la traducción, iban a ser tareas que también vinieron en mi ayuda para consolidar mi vocación y mi plena dedicación a la literatura).

Así que escribí mi artículo sobre el libro de Pereira. Poco después, Rafael Cabo me sometió a otra prueba: la de ocuparme de un nuevo libro de

Pereira, ahora de cuentos. Se trataba de *Una ventana a la carretera*, que había recibido el Premio Leopoldo Alas. Eso fue ya el 20 de enero de 1968, sólo cinco meses antes de que nos conociéramos. Por tanto, los poemas y los relatos de Antonio Pereira ya me eran familiares antes de conocernos y de aquella manera tan especial que para mí suponía iniciarme como crítico literario, aunque fuera desde nuestro modesto y entrañable semanario local. Luego, con el paso del tiempo, me ocuparía con más edad y experiencia de los libros de Pereira en otros medios con más resonancia.

Vino pues, nuestro encuentro gracias a aquel galardón de 1968 y llegaron luego para mí otros momentos especiales, no tan unidos a un fasto sino a la siempre dura prueba del servicio militar en los montes de El Ferral. En la segunda etapa de esta prueba, algo más benigna, yo bajaba a dormir a León y fue entonces cuando comencé a visitar a Antonio en su despacho, donde siempre me atendió con amabilidad y donde tuvimos

también algunas conversaciones fuera de él. Para mí aquellos meses fueron muy difíciles. Los uno a una gran soledad en lo que Margarita Merino me reconoció como “la capital del fiero invierno”; pero aquellas conversaciones con Pereira seguían avivando mi vocación; también mis lecturas y escritos en un rincón de la cafetería del Hotel París, que yo había elegido para poner recogimiento y calor, al anochecer, en aquellos días de soledad.

Hay, luego, un tercer momento de comunicación especial con Antonio Pereira, al margen de aquellos que mantenía a través de los libros que él iba publicando. Fue ya durante mi estancia como estudiante en Madrid, en la tertulia que en el Café Gijón presidía Gerardo Diego. A ella acudía siempre Antonio durante sus visitas a Madrid y más tarde durante sus estancias más prolongadas. Es como si en aquella tertulia se cerrara un círculo de amistad en la literatura, y cerca de otros personajes ya consagrados o en sus inicios, como Buero Vallejo, Enrique Azcoaga, García Nieto,

Álvarez Ortega, Francisco Umbral, Diego Jesús Jiménez o Marcos Ricardo Barnatán.

También se dieron algunos encuentros nuestros en Madrid en la tertulia de la revista *Ínsula*, creo que ya desde los tiempos en que esta se celebraba en la Calle del Carmen. Antonio y Úrsula mantenían igualmente una buena relación con otro grande y temprano amigo mío, José Luis Cano, subdirector y alma de dicha revista, pues las dos familias se encontraban durante las vacaciones de verano en Fuengirola. Cano sería también, junto a Vicente Aleixandre, otro de mis más generosos amigos en aquellos primeros días en Madrid.

Recordaría también, como muy especiales, los dos encuentros que tuvimos en su villa natal, Villafranca del Bierzo; en una ocasión, para leer mis poemas con un fondo jubiloso de pájaros en las arboledas; en otra, con ocasión de una visita turística por El Bierzo que hice con María José y mis hijos. De este día, de nuestra visita a Antonio en

el Parador y de nuestro posterior paseo y comida, conservo unas fotos que nos hicimos.

Entonces no sabía, claro, que un día iba a regresar a Villafranca para su funeral, para acudir a aquel rincón entrañable del cementerio donde también descansan los restos de otros dos escritores siempre muy cordiales conmigo: Elena Quiroga y Ramón Carnicer. Éste último nos había visitado en Ibiza en los días en que acababa de cumplir sus 80 años.

El destino siempre va fijando los hechos de nuestra vida y no siempre sin que nosotros podamos controlarlos. Así sucedió con aquel premio primero, cuando entonces tampoco sabía que, algo más de treinta años después, en el 2.000, yo iba ser —¡quién lo hubiera dicho!— el que iba a estar en un jurado para reconocer la obra de Antonio Pereira. Se trataba de la concesión del Premio Castilla y León de las Letras, en cuyo jurado me tocó hacer la defensa de la persona y la obra de Antonio; en una ocasión, diría también

parafraseándole a él, en la que no faltaba los “candidatos muy recomendados”. Yo había recibido ese premio en 1.999, un año antes, y por eso formaba parte del jurado. Me pareció una ocasión de oro para reconocer cuanto la vida y obra de Pereira merecían con creces.

Surgen, pues, como fogonazos, esos momentos tan tempranos, pero a la vez tan entrañables y decisivos para mí, junto a Antonio Pereira. Recuerdo también, cuando ya vivíamos en Ibiza, una visita a Antonio y a Úrsula en su casa del Paseo de Papalaguinda (Aquel nombre —me lo dijo un día el autor del *Viaje a la Alcarria*, y precisamente en Ibiza— que tanto intrigaba a Camilo José Cela. Aquel día hablé con Cela en Ibiza de Pereira y de Papalaguinda, pero no sé si yo le pude dar a Camilo las explicaciones pertinentes que él me pedía sobre el origen de aquel Paseo leonés.) Recuerdo que, durante la visita a su casa, Antonio sacó de una estantería un cuaderno de sus *Diarios* y me leyó algunas páginas correspondientes a los días

en que él había visitado Ibiza y de sus desayunos en el Café Montesol.

Tampoco sabía aquel joven de 22 años que había recibido el premio que un lejano día iba a haber una Fundación Antonio Pereira en la que iba a hablar del escritor villafranquino y que el resultado es este texto que ahora escribo y que posee dos partes: la evocación que estoy haciendo de Pereira y, la que sigue, la aproximación, como un homenaje a su persona, a un tema hacia el que siempre he sido muy sensible: el de la relación existente entre poesía y vida, entre creación y experiencia vital.

Antes, debo comunicar otra anécdota no por razones de petulancia o de interés alguno sino como la simple constatación de un hecho que acaeció. Había ya fallecido Pereira, supe que incluso se había celebrado un encuentro sobre él en León, cuando recibí una llamada de la editorial Siruela. Les habían propuesto la publicación de los cuentos completos del autor y me pedían un pequeño informe sobre autor y obra. No tuve que

hacer informe alguno, pues con unas pocas palabras avalé la edición: “Antonio Pereira, además de haber sido una excelente persona es sin duda, en estos momentos, el primer cuentista español. No dudéis lo más mínimo en editar el libro”. Fue una alegría recibir, no mucho tiempo después, desde la editorial, el libro publicado, una verdadera joya, aunque no tuve la posibilidad de acudir a la presentación del mismo en Madrid, lo que mucho hubiera deseado.

Prefiero quedarme con la evocación personal, anecdótica de esa excelente persona que fue Pereira. También de él podríamos decir, como de María Zambrano, que escribía como hablaba y que hablaba como escribía. Su prosa y su poesía poseían los dones de la claridad y el ingenio, del humor y de una síntesis expresiva prodigiosa, como sucede en los *Cuentos de la Cábila*, por citar un único y magistral ejemplo.

Ahondar ahora en sus libros, analizarlos, supondría disponer de tiempo y espacio, pero creo

que en mí predomina siempre, al hablar de este autor, lo vivencial sobre lo analítico, la amistad entrañable y su magisterio sobre cualquier visión erudita. Y, sobre todo, ese sentir y gozar de su escritura, el pasar por la experiencia y el placer de ser su lector. Ya lo he comenzado diciendo: Pereira fue y es el maestro de un par de generaciones de escritores leoneses que hemos venido después, pero maestro también en su género para la literatura española del siglo XX.

II

Del tema “Poesía y vida” me he ocupado en no pocas ocasiones, y particularmente y por extenso en algunos de mis libros sobre Poética: en los estudios biográficos que he hecho sobre tres poetas (Vicente Aleixandre, Giacomo Leopardi y Rafael Alberti), pero también en libros específicamente centrados en el fenómeno poético, como *Sobre la vida nueva*, *Del pensamiento inspirado* o *Un tiempo que no pasa*. También en el prólogo a mi *Obra poética* completa, editada en España por Siruela y en América, en México, por el Fondo de Cultura Económica.

Pero hoy y aquí he querido volver a centrarme en este tema al hilo del tiempo crítico, en mutación, acaso amenazador en el que vivimos. También he querido hablarles de este tema porque, a lo largo de más de cuarenta años, he tenido que explicar, en no pocas ocasiones, lo que he querido ser en la vida, porqué y para qué he escrito.

Para preguntarnos hoy por la función de la poesía tendríamos que replantearnos la pregunta de “Qué es la poesía”. Porque sucede que, en los tiempos en que vivimos, este fenómeno anímico y profundamente humano que es la poesía (y que acompaña a los seres humanos desde el origen de los tiempos, desde el siglo XX antes de Cristo en lugares concretos como Sumeria o China), no siempre tiene, en mi opinión, el sentido y la vivacidad que debiera poseer. Pero precisamente por su mensaje radical, por su eterna marcha a contracorriente de los mensajes dirigidos o impuestos, abrumadores y deformadores de nuestro tiempo, la poesía tiene hoy, a mi modesto entender, más razón de ser que nunca.

Nos va en ello la salvación de nuestros sentimientos y de nuestros pensamientos. Nos va en ello nuestro humanismo. Nos va en ello la vida. Porque el día en que en el mundo desapareciera la poesía querría decir que el ser humano habría dejado de ser humano. Es decir, no sería.

La poesía nos acompaña a diario, como vamos a ver a continuación, pero también ha estado presente en toda la tradición civilizadora de la Humanidad. Estamos ante un fenómeno que, cuando adquiere su dimensión más honda —estoy pensando solo en unos pocos ejemplos: en los primitivos poetas de Oriente Medio y de Extremo Oriente, en los poetas de los Libros Sapienciales bíblicos, en los poetas grecolatinos, en Dante, en el Renacimiento florentino, en los poetas de la mística de “las tres culturas”, en el Romanticismo esencial, el centroeuropeo, en las vanguardias fértiles y no artificiosas—, la poesía se interrelaciona con otras formas del conocimiento, como es la filosofía, la ciencia, la espiritualidad u otras formas del saber.

En este último sentido no hay que olvidar la profunda relación que existe entre la poesía y la mística de las distintas culturas, de los primitivos cantos religiosos egipcios al *Cantar de los Cantares*, de Al Sabini a San Juan de la Cruz, de Lao Zi y otros maestros taoístas a los poemas postbíblicos

judíos, del coreano Manhae a los hindúes Kabir y Tagore, por citar sólo unos pocos ejemplos.

La presencia de los *sagrado* bien entendido —nada que ver con el anticlericalismo decimonónico que todavía nos asalta a estas alturas a algunos españoles— es un hecho incuestionable, y yo pude comprobarlo una vez más y hace muy poco durante mi viaje a la India, donde homenajeamos a autores en los que la espiritualidad, el pensamiento y la poesía van fundidos, como Vivekananda y el ya mencionado Tagore. De este poseemos en España, por cierto, una visión muy escasa, gracias sin embargo a las traducciones de Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez; pero el poeta bengalí es el autor de una obra inmensa todavía no traducida, fuera del área inglesa, y también de centenares de canciones.

Un apartado de esa relación en todas las civilizaciones entre lo sagrado bien entendido y la poesía, es la concepción de esta como plegaria. Así sucede en los orígenes, cuando el poeta hace

en sus textos, además de poesía, ciencia, pensamiento o religión. Esto se aprecia muy bien en Medio y Extremo Oriente, pero también en la poesía grecolatina.

A esa relación me aludió María Zambrano durante la larga entrevista que grabamos y que está recogida al final de mi libro *El sentido primero de la palabra poética*. Entonces ella me habló de su sintonía con la poesía de San Juan de la Cruz, ya desde los días de su primera juventud en Segovia, donde está la tumba del autor del *Cántico* y cuando trató a Antonio Machado, gran amigo de su padre, Don Blas Zambrano. María me recordó entonces el libro de Henri Bremond, *Poesía y oración*, y, cuando escribo estás páginas, me encuentro en una carta de León Felipe esta frase que no exige mayor comentario: “Rompería toda mi poesía, salvo en su aliento de plegaria [...] La poesía no es más que oración”.

Desde los orígenes de las civilizaciones hasta ese Romanticismo esencial, la mejor poesía ha

tenido no sólo un enraizamiento en los seres humanos sino un halo de *trascendencia*; me refiero a que la palabra poética siempre ha deseado ir *más allá*, de remontar a los demás géneros y mensajes literarios, de transformar la realidad que los ojos ven para buscar lo que yo he reconocido en esos textos míos de Poética como la *segunda realidad*. La palabra del poema no es la de la novela, ni la del ensayo, ni la del artículo. Ella debe tener una concisión, una intensidad y un fulgor que la distingue.

Por eso, los mandatarios de la tierra, en su más elevadas celebraciones acaban refiriéndose a una cita bíblica o a la de algún poeta del pasado o del presente para señalar lo que ya los razonamientos normales no les permiten fijar con sus palabras. El poema también tiene algo de microcosmos y, como en el fruto de la granada, en cada uno de los granos del mismo el poeta halla y fija en su poema, la síntesis de un verso; a veces incluso de una sola palabra. Es por ello también muy significativo que el final de la ópera *Turandot*, de Puccini —obra muy

compleja y llena de contenidos éticos y estéticos— se cierre con una sola palabra o mensaje: *poesía*.

No estoy hablando de la poesía como expresión de temas y situaciones idealizadas, como expresión de sentimentalismos tópicos. O como reflejo de aquellos momentos en los amenos campos de la legendaria Edad de Oro, como lo apreciamos en esas escenas de los cuadros del pintor francés Nicolas Poussin, en los que la naturaleza se mantiene aún en equilibrio, aunque el hombre ya esté dejando de ser un semidiós para conocer la obligación y la condena de las labores agrarias y de las pasiones. (Esto es algo que se aprecia muy bien en el paso de las *Bucólicas* a las *Geórgicas* de Virgilio, pero también antes, en Hesíodo, el primer poeta europeo que reconocemos como tal.) No, no me refiero a esta visión idealizada de la poesía, la que remite a lo fantasioso y a lo evasivo, a lo irreal.

Por eso, nos seguimos preguntando: ¿Qué es la poesía? ¿Qué función debe cumplir la poesía en nuestros días? Porque sucede que nuestro tiempo,

con sus prodigiosos hallazgos, descubrimientos, e innegables progresos, ha ido renunciando a la vez a su naturalidad, a sus ritmos, a sus valores. Un *ritmo* que es, por cierto, consustancial a la poesía. A veces, los que hemos estado en contacto con un mundo no exclusivamente urbano, acudimos a uno de esos espacios de nuestra infancia o de nuestra adolescencia y nos sentimos turbados por el grado de desequilibrio, cuando no de abandono que observamos en ellos. Aunque alguien se encargará de decirnos: “En realidad, aquí todo sigue igual. Eres tú, somos nosotros los que hemos cambiado. Estás idealizando el lugar, estás idealizando el pasado”.

Nos dicen esto, pero sabemos muy bien que las cosas no son exactamente así: es evidente que el desarrollo y la justicia han progresado, pero hubo lugares en los que había árboles y ahora no los hay; paredes alzadas en los huertos y ahora derruidas, las fuentes que entonces manaban han dejado de hacerlo, los seculares ritmos de una sociedad agraria se han quebrado repentinamente,

la competitividad de los mercados y la sangría de la emigración alteraron gravemente años atrás el medio natural, ese que, no lo olvidemos, es aquel gracias al cual nos alimentamos y respiramos.

Los seres humanos han tendido a dar la espalda con sus macrourbes a la naturaleza, que se ve saqueada en no pocos puntos del planeta. Y la naturaleza es primordial para el poetizar, no sólo porque ella está —como tema— absolutamente en toda la tradición literaria, sino porque es el espacio donde se da la contemplación —el espacio del *templarse-con* lo que se contempla, como decía Fray Luis—. Y observamos, volviendo a la escritura, que la palabra tampoco es el fruto de un ciclo “estacional” en el que se ha dado una siembra, una germinación, un crecimiento, una formación y una maduración, sino de algo “construido”, de un “producto”. No es por ello extraño que, con harta frecuencia, se nos ofrezca como poesía lo que sólo es prosa cuidadosa y engañosamente cortada en trozos, en versos aparentes.

Hoy la palabra tiende a someterse a la urgencia, a la ligereza, a la provisionalidad, al doble sentido. Las palabras tienden a decir lo que no dicen y el lenguaje, en consecuencia, se pervierte en su sentido. Hoy la palabra escrita tiende a ser, por ello, más un “producto” que un “fruto”. Quizá por eso la poesía (que siempre fue más un “fruto” que un “producto”, una decantación del ánimo más que un gesto apresurado) es la primera en resentirse.

De ello observamos cada día no pocas señales: la urgencia en el escribir o en el crear, la manipulación del lector por medio de cierta crítica o de una publicidad invasora, “la filosofía –extendida también al Arte en general– del todo vale”, la enorme competencia de la imagen y de los nuevos medios electrónicos (de los que no ignoramos sus valores, pero me estoy refiriendo a sus efectos invasores, a sus excesos, especialmente sobre los niños y los jóvenes), etc.

Pero no pensemos y nos lamentemos tanto, que no nos perturben las confusiones presentes.

Descendamos en nuestras apreciaciones, simplifiquemos nuestro análisis, haciendo una pequeña y objetiva encuesta: salgamos a la calle y abordemos a varios de los anónimos viandantes que pasan por ella. Y hagámosles una pregunta muy inocente, muy sencilla: “¿Qué es para usted la poesía?” Si lo hacemos, veríamos que, casi con seguridad, obtendríamos cuatro o cinco respuestas comunes que podrían ser las siguientes.

La persona más elemental quizá nos respondería: “No sé muy bien qué es la poesía, pero creo que es algo que exige una cierta destreza. Hacer un poema es algo muy parecido a realizar un juego con las palabras o a resolver una especie de crucigrama”. La poesía tiene para estas personas algo de prueba, exige una destreza o un don natural. Si lo entendemos bien, es un don que de una manera idealizada, radical, Platón ya nos había señalado en uno de sus diálogos menos conocidos, el *Íón*. En él nos dice el filósofo griego de una manera extremada: “El poeta no se puede hacer

sin el auxilio de un dios”. Pero quizá el viandante de nuestros días nos sorprendería con un concepto radicalmente opuesto, al decirnos —a la manera de un poeta “social” de nuestros días— que la poesía puede ser un medio de testimonio y de lucha.

Pero interroguemos a un segundo viandante. Es muy posible que, ante nuestra pregunta, nos diga con gran acierto: “La poesía es un género literario. Es un texto que se distingue de la prosa por su disposición *vertical*. Yo en mi escuela o en mi bachillerato me aprendí varios poemas de memoria. Recuerdo todavía algunos sonetos clásicos, algún fragmento de las *Coplas* de Jorge Manrique o del *Cántico* de Juan de la Cruz, algunos versos de Juan Ramón o de Machado, que luego los cantautores como Amancio Prada, Paco Ibáñez o Serrat me volvieron a recordar en sus canciones”. (Aquí, cuando se nos dice esto, surge una segunda y provechosa relación: la de la poesía con la música, la del poema musicado, la del poema interpretado por los cantautores. En este sentido, todos

sabemos que el *Cántico* sanjuanista interpretado por Amancio Prada, nos ofrece una segunda y rica, *nueva* lectura, de ese extraordinario poema de poemas.)

Quizás en nuestra apresurada encuesta nos encontraríamos en la calle con una tercera persona que nos matizaría un poco más esta fusión de la poesía con la vida, de la experiencia de vivir con la experiencia de crear, y nos diría: “La poesía... Sí, hubo un tiempo en el que yo escribí poesía, pero luego dejé de hacerlo. Fue durante la etapa de la adolescencia”. Quien así nos responde quizá desconoce que adolescencia y poesía van muy unidas, porque la adolescencia es una profunda etapa de *re-nacimiento*.

El ser humano vuelve a *nacer* en la etapa de la adolescencia, y lo hace a muchas cosas: al deseo de saber, a las lecturas, al descubrimiento de otras formas del arte, como la pintura o la música, al amor, a la contemplación consciente y a la defensa de la naturaleza, a las preocupaciones y a

las luchas sociales o políticas, y por supuesto, a la palabra, a la escritura, a la creación literaria.

Porque ¿quién en la adolescencia no ha escrito un poema, no ha llevado en lo secreto de su cuarto un Diario, quién no ha escrito un cuento, o un simple texto imaginativo o testimonial, por más escolar que este sea? La adolescencia: un tiempo decisivo para el nacimiento de la vocación y, en concreto, de la vocación literaria, para la conciencia y la consciencia del que va a asumir la poesía como un reto. O, acaso, incluso, como una vocación.

Pero, en nuestra encuesta callejera, abordaríamos a un cuarto y último viandante con nuestra pregunta: “¿Qué es para usted la poesía?” Quizá esta persona no entre en teorías y explicaciones complejas. Respondería muy elementalmente. Primero dudaría, pero quizá luego nos diría: “No sé muy bien qué es la poesía”. Incluso puede que nos diga despectivamente: “No me interesa la poesía”. Pero esta misma persona es probable que añada, y nos lo diga a nosotros, y se lo diga a los

demás, y lo repita muchas veces a diario, a lo largo de su vida: “Yo no sé lo que es la poesía, pero desde mi ventana se ven unos atardeceres muy poéticos”. O: “Yo viví en una ocasión un amor muy poético”. O: “El paisaje de mi tierra es muy poético”. O: “Esa canción me parece muy poética”. Lo *poético*: un calificativo que aplicamos a la realidad y a nuestras vivencias, a diario, en nuestras conversaciones, ... sin darnos cuenta.

¿Y por qué? Porque lo poético, la poesía, es algo indisolublemente unido (aunque sea de manera tópica como en estos casos señalados) a los sentimientos, a los pensamientos, a las vivencias, a momentos de serenidad y a momentos de exaltación, a nuestros problemas y a nuestros goces. Lo poético es algo que señala la dirección de lo bello, de lo verdadero, de lo intenso, de lo inolvidable, de lo imprescindible. La poesía es algo consustancial al ser humano y, como ya dijimos antes, el día en que los seres humanos le dieran la espalda al nutriente *poético* de sus vidas, le darían la espalda a su humanidad, serían menos humanos.

Quisieran que aceptaran con comprensión el tono llano del hombre de la calle, esas definiciones quizá tópicas, porque como han visto, ellas nos han llevado de manera directísima a fundir la poesía con la vida. Y para señalarnos también que la poesía, revelada u oculta, está presente en *todo*. La poesía está también siempre presente y no pasará nunca porque se ocupa de los grandes y graves temas que afectan a la vida de los seres humanos: el amor, la muerte, la naturaleza, lo sagrado, el tiempo, el más allá...

Naturalmente también les podría traer aquí una gran cantidad de definiciones cultas de la poesía, y todas ellas sorprendentes, desde aquella primera e idealizada de Platón a la extremadamente realista y combativa de los poetas de trincheras o sacudidos por la Historia. Pero quisiera detenerme sólo en unas pocas definiciones que nos han dado otros poetas que buscaron más en profundidad la poesía, manteniéndome así en un término medio, que es donde los antiguos fijaban la verdadera realidad.

Les recordaría, por ejemplo, con Antonio Machado que poesía es “palabra en el tiempo”; es decir, palabra permanente, palabra que no pasa. La poesía es la palabra del hoy, pero también la del ayer y la del mañana. De ahí la permanencia del canon clásico. Lo *clásico* que no es lo caduco, lo muerto, lo perecedero, sino la “palabra en el tiempo”: un canon, en las obras literarias, de verdad y belleza. Fue el mismo Antonio Machado quien nos dijo, en dos breves versos, algo que a mí me gusta recordar:

El alma del poeta
se orienta hacia el misterio

¿Qué misterio es éste? Cuando utilizamos en profundidad esta palabra no estamos hablando de lo fantasioso, de lo evanescente, de lo utópico, sino simplemente de todo aquello que el ser humano todavía desconoce, que es mucho. (También el científico, el investigador, buscan en su laboratorio y con su microcopio desvelar lo misterioso

de la vida.) Se lo explicaré mejor no sólo con la opinión de otro poeta y de una pensadora, sino de uno de los científicos más renombrados del pasado siglo.

El poeta es Saint-John Perse, quien en su discurso durante la recepción del premio Nobel de Literatura nos dijo: “Poesía es profundización en el misterio de la existencia”. Y María Zambrano: “Del misterio se desprende la verdad”. El científico fue nada menos que Albert Einstein, quien en su delicioso libro autobiográfico, *Mi visión del mundo*, escribió lo siguiente: “El misterio es lo más hermoso que nos es dado sentir. Es la sensación fundamental, la cuna del arte y de la ciencia verdaderos”. Y continúa Einstein: “A mí me basta con el misterio de la eternidad de la Vida, con el presentimiento y la conciencia de la construcción prodigiosa de lo existente, con la honesta aspiración de comprender hasta la mínima parte de razón que podemos discernir en la Naturaleza”.

En esa honesta “aspiración de comprender”, de “discernir en la Naturaleza”, también está el poeta. Por eso la poesía es, ante todo y sobre todo, una *vía de conocimiento*, pero no sólo para conocer esa realidad que los ojos ven, sino para metamorfosearla con la palabra inspirada (respirada), con la palabra que debe ser en el poema obligadamente *nueva*. Algo que han hecho los poetas primordiales, a lo largo de la tradición literaria universal, sobre todo, en ese medio de la Naturaleza con mayúscula, a que se refirió Einstein. La Naturaleza que no nos remite engañosamente a lo costumbrista o a lo rural, a un lirismo fácil, sino esa Naturaleza que es “un libro abierto que sólo nos basta leer” (como nos dijo un poeta sufí), a un manantial de conocimiento inagotable.

Ya están viendo de qué manera la poesía, el poema, es algo más que ir poniendo, fácil o engañosamente, unas palabras debajo de otras, a veces con ciertas rimas fáciles y/o de manera obligadamente graciosa o sentimental. La poesía está

fundida plenamente con la vida de los que la leen y de los que la escriben conscientemente.

El poema no posee tampoco una función exclusivamente testimonial, aunque haya habido grandes poetas testimoniales. El poema no tiene por misión “fotografiar” la realidad, pues para eso ya tenemos la fotografía en color, maravillosos videos, los rápidos medios de comunicación, la denuncia a través de un artículo, un ensayo o los cauces políticos y el Parlamento en las sociedades democráticas. Al respecto escribió el poeta norteamericano Ezra Pound en su *Art of Poetry*: “Nunca digas en un mal poema lo que se puede decir en un artículo excelente”.

La poesía tiene que ir *más allá* con las palabras. Porque, entre otras misiones, le está destinada no sólo la de hacerse grandes preguntas desde el corazón y la mente, y buscar respuestas para ellas, sino ocuparse, como ya hemos dicho, de los temas esenciales de los seres humanos. Es obvio que también el gran poema puede surgir de una

mera anécdota, de un hecho circunstancial, pero lo normal es que debajo del texto poético, o de su título, se aluda a uno de esos temas grandes, graves y primordiales para los seres humanos.

Sólo dos significativas alusiones más de grandes poetas al carácter esencial de la poesía. Una es de un poeta de nuestro tiempo, también Premio Nobel, Joseph Brodsky, y dice así: “La poesía no es una forma de entretenimiento y, en cierto sentido, ni siquiera una forma de arte, sino nuestra meta antropológica y genética, nuestro faro lingüístico y de evolución”. La otra opinión está en dos versos del gran poeta romántico alemán, Friedrich Hölderlin: “Lo que permanece, lo fundan los poetas. [...] Poéticamente habita el hombre”.

Pero, a veces, no nos basta con el teorizar y buscamos para el concepto de la poesía un camino nuevo por medio de otro tipo de palabras, las del propio poema. Así, termino recordando ahora dos de los poemas que he escrito, en los que he intentado aproximarme a ese sentido que debe poseer

el poeta y la palabra poética vista como lo más humilde —como esa piedra del camino del poema de León Felipe—, la que nos ofrece una visión irisada, más subjetiva, pero a la vez, paradójicamente, más objetiva del fenómeno anímico del *crear*. El primero de mis poemas pertenece a mi libro *Jardín de Orfeo* y dice así:

El poeta

Quien mida y valore la existencia
con arreglo a verdad, debe tener
en cuenta todo aquello que madura
y luego se corrompe.

Suma de perfecciones
y desesperaciones,
el orbe gira tenso y contiene
por igual vida y muerte.

Supremo testimonio del poeta
coronado de gozo y de dolor.

Su ojo está atento a los límites
vacíos
del cielo y de la tierra,

al cíclico y fúnebre
declinar de la Historia,
de colmadas y extensas estaciones.

Todo dura en la vida y es eterno
mientras el hombre no interprete o cante.
Para aquel que ha soñado intensamente
arde el mundo y se agota.
Siente la savia y siente la ceniza
aquel que osa hablar con el Misterio.
Llamas negras se escapan
del cerco de sus labios
Y son los labios urnas en la noche.

El segundo de los poemas está recogido en *Libro de la mansedumbre*, y dice así:

El poeta da razón de su palabra

Perdonad si no he dado a las palabras
ese sentido que me reprocháis;
disculpadme si sólo
he ido recogiendo palabras en mi vida
como piedras de los caminos,

como leña en los montes;
disculpad si ofrecí mis sentimientos
sin máscaras y fui mucho más fiel
a las palabras vivas que a las muertas,
si no puse coronas a lejanos difuntos,
si no desmenucé, saqué, sangré
sus palabras, cuando ellos era ya
cadáveres gloriosos.

Me arriesgué a encontrar los tesoros nocturnos
marchando sobre el borde
de los acantilados,
por senderos musgosos,
penetrando en malezas que ocultaban
los cepos oxidados de la envidia
y los antiguos pozos abismales
en cuyo fondo aúllan corrompiéndose
los animales del odio.

Vivo estoy aún y vivo estaré
en las palabras claras
que he hallado como piedras de un camino,
como leña en los montes.

Yo sólo he tenido que encontrarlas
entre zarzas y espinos.
Con ellas pude dar
sentido a mi vida.
Esto es, esto ha sido lo importante.
No tuve por misión utilizar palabras
como piezas de un museo,
como medallas que rinden,
como navajas que hieren.

Perdonadme si, milagrosamente,
me encontré esas palabras
con las que un día habré dar vida a los otros,
muerte y vida a mí mismo.

